

La temeridad de Pringles, hizo descubrir el movimiento de la caballería independiente, y malograr la combinación con el Numancia, que habría podido poner en apuros á la vanguardia enemiga, comprometida á larga distancia de su reserva. Apercebido Valdez de lo peligroso de su situación, se replegó en el mismo día 27 al valle de Chancay, y situóse en la boca de una quebrada, cubriendo con el Numancia su caballería, reforzada con un escuadrón más. Alvarado, que al llegar á Pescadores encontró las huellas del reciente combate, se inclinó sobre su izquierda, y penetró al valle de Chancay por otra quebrada situada al este. Ambas vanguardias permanecieron á la vista observándose. La caballería independiente, fatigada por largas marchas en arenales sin agua, se replegó á la inmediata hacienda de Retes para dar descanso á la tropa y proporcionar forraje á los animales. El 1.º de diciembre volvieron á avistarse las dos vanguardias; pero la realista en vez de aceptar el combate á que la provocó Alvarado, emprendió su retirada por una quebrada estrecha y fragosa, en que la caballería no podía operar. En su movimiento de retroceso, Valdez dejó como á diez kilómetros á retaguardia el batallón Numancia, el que aprovechando la ocasión, dió el grito de insurrección en la noche del 2, é incorporóse al día siguiente á la columna patriota, ofreciendo á la causa de la independencia americana un contingente de 650 bayonetas (24). San Martín colmó de honores al Numancia y le confió la custodia de la bandera del ejército libertador, declarando, que « el batallón, pertenecía á » los ejércitos de Colombia, y que solamente permanecería » incorporado al del Perú, mientras durase la guerra en su » territorio » (25).

(24) Camba : « Memorias », etc., t. I, págs. 352-354. — Alvarado : « Mem. hist. biog. » M. S. cit., (Arch. San Martín, vol. LXXII).

(25) Ofi. de San Martín á Bolívar de 26 marzo de 1820. « Doc. para la vida del libertador » etc., t. VII, pág. 570.

VI

Antes de cumpirse un mes de la apertura de la campaña, la preponderancia moral estaba decididamente de parte de los invasores. Los rápidos progresos á lo largo de las costas, los sucesivos golpes de la captura de la *Esmeralda* y de la defección del Numancia, las ventajas obtenidas por la columna de Arenaes en la sierra, — de que después se dará cuenta, — el espíritu de insurrección que se extendía por todo el país, abatieron el ánimo de los realistas, reducidos á una inerte defensiva, mientras los independientes, á pesar de su notable inferioridad numérica, se preparaban á tomar la ofensiva. La desertión se pronunció en las filas del ejército realista, desde la clase de coronel á soldado (26). La desmoralización de la opinión llegó á tal grado, que los más notables vecinos de Lima, apoyados oficialmente por la corporación municipal, elevaron una representación al virrey indicándole « la premiosa necesidad de una capitulación honorífica con San » Martín, antes de aventurarse á la suerte de las armas, to » mando por base la abertura reservada hecha por sus comi » sionados al cerrarse las negociaciones de Miraflores » (véase cap. XXVI, § VI), lo que implicaba hasta el reconoci-

(26) « No pasaba día en que no llegasen al cuartel general desastrosas noticias de haberse pasado á los enemigos, individuos de todas » clases, y de la defección de soldados y aun de oficiales y jefes ». Torrente : « Hist. de la R. H. A. », t. III, pág. 47. — En sólo un día, que fué el 8 de diciembre (de 1820) se habían fugado de la capital 38 oficiales y un cadete. En « todos los cuerpos se había introducido esta » desleal propensión, y ya los mismos jefes no tenían confianza unos de » otros. Creían los más que iba á ser irreparable el torrente impetuoso » de la insurrección ». Idem, ídem, pág. 51.

miento de hecho de la independencia (27). De todos estos males se culpaba á la mala dirección de la guerra dada por Pezuela, que era un efecto y no una causa. La autoridad política y la iniciativa del virrey, estaban supeditadas por una conspiración sorda del ejército de Asnapuquio, fomentada por los jefes liberales, con el propósito de deponerle del mando y sustituirlo con la Serna. « El edificio realista se iba desmoronando por todas partes », según la expresión de un historiador español, que al pintar con los colores sombríos esta triste situación, procura explicar cómo 4,500 invasores se imponían á 23,000 soldados del rey, y lo atribuye todo « á la fatalidad del destino y al curso irresistible de los sucesos » (28).

La posición militar de San Martín en Huaura, aunque relativamente ventajosa, no era sólida, y en la inacción habría sido estéril. Sin más base de operaciones que el camino del mar, con las provincias del norte á la espalda ocupadas aún por las armas del rey, con uno de sus flancos al pie de la sierra y con un ejército de doble número á su frente que no podía buscar en campo abierto, estaba forzosamente obligado á una defensiva pasiva. La superioridad de su caballería y su movimiento de avance hasta Retes y el sud del río Chancay, cubriendo la posición de Sayán al tiempo de proteger la defección del Numancia, le dió desde luego el dominio de la zona de operaciones; pero esto nada decidía, y además en estas marchas había inutilizado gran parte de sus cabalgaduras. Por otra parte, las enfermedades endémicas de la región de la costa empezaban á hacerse sentir en las tropas invasoras, no aclimatadas aún. En tales condiciones, el ejér-

(27) Véase Camba : « Memorias », t. I, pág. 355 y sig. en que se inserta la representación mencionada en el texto y los informes correlativos de la Municipalidad.

(28) Torrente : « Hist. de la Revol. H. A. », t. III, págs. 58-59.

cito libertador era como un aerolito en los vastos espacios del virreinato del Perú, que sólo se vinculaba á los estremecimientos aislados del país invadido, por la atrevida marcha de circunvalación que simultáneamente ejecutaba la columna de Arenales en el corazón de la sierra. Era necesario ensanchar el campo de acción, para proporcionarse recursos y remontar el ejército con contingentes de la sierra; era necesario conquistar y dar consistencia política á las provincias del norte para dar un punto de apoyo á las operaciones militares, encerradas en círculo limitado y sin horizontes, á fin de estrechar á Lima, que era el objetivo inmediato; y sobre todo, era indispensable dilatar la revolución y organizar la insurrección popular, sin lo cual la expedición se reducía á las proporciones de una aventura en que todo quedaba librado á la suerte dudosa de las armas ó á la acción lenta del tiempo, en que al fin las armas mismas se inutilizarían.

Á una parte de estas exigencias respondía la atrevida marcha de Arenales á lo largo del interior del país. Para ligar esta operación con la posición ofensivo-defensiva del ejército en Huaura, el general en jefe, al extenderse sobre su flanco izquierdo hasta el pie de la sierra, ocupó á su retaguardia el populoso departamento de Huaylas (29 de noviembre de 1820), rico en ganados, y expulsó de él á los realistas, jurándose allí la independencia por setenta mil habitantes (29). Este suceso fué precursor de otro de mayor importancia, que aseguró completamente el éxito político y militar de la expedición. Casi simultáneamente, todo el norte del Perú se pronunció por la causa de la independencia. Este fué el primer movimiento de insurrección espontánea que se pro-

(29) « Boletín del E. U. L. del Perú », núms. 5 y 6 de 2 y 8 de diciembre de 1820. — Nota de Guido al general colombiano Manuel Valdez, sobre los progresos de la expedición del Perú, apud. « Doc. del libertador Bolívar, » t. VII, pág. 514.

dujo en el país, sin el concurso inmediato de las armas libertadoras, si bien contando con su protección y en virtud de los trabajos secretos iniciados por San Martín.

El norte del Perú, cuna de la colonización española, era entonces, como es hoy, el gran centro agrícola, cuyas variadas producciones constitufan su principal fuente de riqueza. En 1820, casi toda esta región hallábase comprendida en la intendencia de Trujillo, — una de las ocho del virreinato, — y contaba aproximativamente con una población de 300,000 almas, de las cuales como 140 mil eran indígenas, 90 mil mestizos, 20 mil hombres libres de color, 10 mil esclavos y 40 mil de raza española pura (30). Colindante con el virreinato de Nueva Granada al oriente de los Andes siguiendo la larga corriente del Amazonas, y especialmente con Quito y Guayaquil al occidente en la prolongación de las costas del mar, su posesión daba el dominio de las grandes operaciones estratégicas de los beligerantes sobre el Pacífico, que tenían por teatro la parte del continente de la América meridional desde el Alto Perú hasta Caracas. Teniendo en vista esto mismo, y principalmente, ligar la defensa de las costas del Perú con las de Guayaquil, el virrey Pezuela había situado en Piura una división de 1,600 hombres, de que formaba parte un batallón de línea de 600 plazas y la compañía de cazadores del Numancia, fuerte de 130 plazas, situada en la ciudad de Trujillo (31).

Gobernaba por entonces la intendencia de Trujillo con nombramiento del rey, el general José Bernardo Tagle y Portocarrero, limeño, más conocido por su título nobiliario de marqués de Torre-Tagle, quien como antiguo partidario

(30) Véase, como antecedente histórico de estas cifras, deducidas de la estadística del Perú: « Guía política, eclesiástica y militar del virreinato del Perú para 1795 », por Unanue.

(31) Torrente: « Hist. de la Revol. H. A. », t. III, pág. 22.

liberal de Baquíjano y diputado á Cortes, había alcanzado cierta notoriedad entre sus paisanos. Este personaje de carácter débil y de costumbres disolutas, que ha representado en la historia el papel de un figurón, desempeñó por esta vez el de prócer de la causa de su patria, que más tarde traicionaría. De acuerdo con San Martín, que había abierto con él comunicación secreta desde Pisco, trabajó hábilmente en preparar la opinión de las provincias del norte (32). El 24 de diciembre convocó en Trujillo un cabildo abierto é hizo presente lo inútil que sería toda resistencia al menor esfuerzo de San Martín para apoderarse de ese territorio, supuesto que no había tropas suficientes que oponerle, ni dinero para sostenerlas, y que por lo tanto, la prudencia aconsejaba someterse al imperio de las circunstancias. Los realistas, sostenidos por el obispo Carrión y Marfil, hombre de grande energía, opinaron porque se resistiese á todo trance. Torre-Tagle hizo prender al obispo y sus partidarios, y el 29 de diciembre (1820) enarboló la bandera inventada en Pisco. Fué el primer peruano que juró la independencia del Perú, y Trujillo el primer pueblo peruano que la conquistó por su solo esfuerzo cívico (33). En memoria de este acontecimiento, leva hoy Trujillo la denominación de « Departamento de Libertad. »

Á Trujillo siguió Piura, venciendo mayores resistencias. Estaba acantonado allí con 4 piezas de artillería, el batallón

(32) En carta de San Martín á O'Higgins de 23 de diciembre de 1820, dice: « Estoy esperando la insurrección de Trujillo, con cuyo gobernador, el marqués de Torre-Tagle, estoy de acuerdo ». En nota del mismo de 2 de enero de 1821, al ministro de guerra de Chile, le dice: « Espero por momentos el buen resultado de mis combinaciones con el intendente de Trujillo, el marqués de Torre-Tagle, pues sus últimas comunicaciones del 26 me aseguran la proximidad de aquel suceso ». — Véase Vicuña Mackenna, « General San Martín », pág. 32, y Paz Soldán « Hist. del Perú Indep. », pág. 139.

(33) Véase Paz Soldán: « Hist. del Perú Indep. », págs. 121-122.

de línea que constituía el nervio de las guarniciones del norte, que permanecía fiel á su rey. La población estaba desarmada. Intimidado el cabildo por Torre-Tagle de que de no someterse á la causa de la independencia, sería la provincia reducida por la fuerza, un patriota decidido llamado Jerónimo Seminario, promovió su reunión con asistencia de los jefes militares, y sostenido por algunos hombres del pueblo, obligó á los últimos á firmar la orden de someterse á San Martín. El batallón, después de alguna resistencia, se dispersó, y Piura se uniformó con Trujillo (4 de enero de 1821). De este modo, todo el norte del Perú desde Chancay á Guayaquil, quedó por los independientes, San Martín tuvo una base de operaciones segura, y pudo contar con mayores recursos en hombres, subsistencias y cabalgaduras, recibiendo desde luego un contingente de 430 hombres de infantería y 220 de caballería (34).

VII

« Todo va bien. Cada día se asegura más la libertad del
» Perú. Yo me voy con pies de plomo, sin querer compro-
» meter una acción general. Mi plan es bloquear á Pezuela.
» Él pierde cada día la moral de su ejército: se mina sin
» cesar. Yo aumentando mis fuerzas progresivamente. La
» insurrección cunde por todas partes como el rayo. En fin,
» con paciencia y sin precipitación, todo el Perú será libre
» en breve tiempo » (35). Esto escribía el Fabio sud-ameri-

(34) « Boletín del E. U. L. » núm. 11 de 19 de marzo de 1821 — Véase Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », pág. 122.

(35) Carta de San Martín á O'Higgins, de 23 de diciembre de 1820, apud. Vicuña Mackenna : « El General San Martín », pág. 32.

cano en vísperas de la insurrección de Trujillo, que aseguraba su base de operaciones, en momentos en que, contrariando su propio plan que tan buenos resultados le daba, se preparaba á ejecutar un movimiento, que si bien respondía al proyecto de estrechar el cerco de Lima, era una imprudencia, cuando no un error militar, que contrasta con sus palabras tan llenas de confianza en el éxito de la expectativa paciente y activa. Por este momento psicológico pasan todos los generales en circunstancias análogas, poniéndose á veces en contradicción sus planes improvisados con sus planes madurados. Empujados á la acción por esa fuerza latente de la masa que obedece y la trasmite á la cabeza que dirige, se mueven inconscientemente, armonizando en apariencia sus ideas con sus movimientos. En la guerra, así en la expectativa de las combinaciones que tienen que dar de sí por la acción del tiempo, como en medio del fuego de las batallas, hay momentos en que es preferible permanecer quieto en vez de moverse en el vacío sin objetivo claro, ó bien dejar que el choque de las masas comprometidas, decida la victoria, cuando, como la bala disparada, escapa de la mano que la maneja.

San Martín, no tuvo la paciencia de que blasonaba, y hubo de comprometer el éxito de la campaña faltando á la regla que se había trazado, que le estaba impuesta por la desproporción de las fuerzas y el desarrollo gradual de sus propias combinaciones estratégicas, tácticas y políticas.

Después de la defección del batallón Numancia y contando con el pronunciamiento de las provincias del norte que aseguraba su base de operaciones hasta Guayaquil, San Martín meditó un ataque combinado con la división de la sierra para estrechar á Lima, resuelto á provocar una batalla decisiva, cuando todo el ejército de Huaura no alcanzaba á 4,000 hombres, y el concierto con Arenales era, si no im-